

OTRO PROBLEMA DE ADAM SMITH: EL LIBERALISMO

Carlos Rodríguez Braun¹
Universidad Complutense de Madrid

A finales del siglo XIX se planteó el llamado “problema de Adam Smith”, porque el autor de *La teoría de los sentimientos morales* no se parecía al de *La riqueza de las naciones*. En tiempos recientes ha resurgido otro problema: el Adam Smith tan admirado por los liberales no era tan liberal.

El presente ensayo analiza críticamente esta historia. Empieza por despejar el problema original, que ya casi nadie considera como tal, y aborda después el supuesto descubrimiento de los aspectos intervencionistas de Smith, que en realidad son conocidos al menos desde finales de la década de 1920. A continuación, expone esos aspectos, algunos en apariencia muy antiliberales, y los contrasta con el Adam Smith incuestionablemente liberal. Por fin, procura situar al pensador escocés y sus escritos en un adecuado contexto que permita

¹ Agradezco la ayuda de Leonidas Montes, Walter Castro, Paloma de la Nuez y Vicent Llombart. Dedico este ensayo a la memoria de Giancarlo Ibárgüen, campeón de la libertad, que me brindó generosa amistad, y que dirigió un memorable coloquio de Liberty Fund sobre Adam Smith en Antigua Guatemala, en 2008, donde tuve el honor de participar junto con otros buenos amigos como Gabriel Calzada, Ramón Parellada, Leonidas Montes, Enrique Gheri, Julio H. Cole y Walter Castro.

resolver sus contradicciones, y lo define como un liberal moderado, realista y gradualista. Pero liberal, con lo que el nuevo problema resulta tan dudoso como el anterior.

1. El primer problema.

El antiguo problema de Adam Smith radicaba en la supuesta contradicción entre los dos únicos libros que publicó en vida: la noción que prima en *La teoría de los sentimientos morales* de 1759 es lo que llama Smith “simpatía”, o la empatía correspondiente del espectador como fuente de la propiedad de los sentimientos morales, mientras que en *La riqueza de las naciones* de 1776 prima el propio interés como fuente del desarrollo económico. Dos citas célebres ilustran el contraste que dio pie al *Das Adam Smith Problem*:

Por más egoísta que se pueda suponer al hombre, existen evidentemente en su naturaleza algunos principios que le hacen interesarse por la suerte de otros, y hacen que la felicidad de éstos le resulte necesaria, aunque no derive de ella nada más que el placer de contemplarla (TMS, I.i.1.3).²

No es la benevolencia del carnicero, el cervecero, o el panadero lo que nos procura nuestra cena, sino el cuidado que ponen ellos en su propio beneficio. No nos dirigimos a su humanidad sino a su propio interés, y jamás les hablamos de nuestras necesidades sino de sus ventajas. Sólo un mendigo escoge depender básicamente de la benevolencia de sus conciudadanos (WN I.ii.2).

La reconciliación de estos enfoques a primera vista tan opuestos

² Los textos de Smith son citados con la notación habitual de Glasgow de las iniciales de sus títulos en inglés: WN, TMS, EPS, LJ, LRBL y Corr. En la bibliografía se indican traducciones a nuestra lengua.

requiere, como suele suceder, perspectiva y contexto.

Adam Smith no era lo que entendemos hoy por un economista, sino un profesor de Filosofía Moral, una asignatura sobre la naturaleza del ser humano y la sociedad que, además de economía política, abarcaba entre otras materias ética, filosofía del derecho, e instituciones políticas. El pensador escocés aspiraba a analizar estos asuntos en “una gran obra filosófica que abarcaría todas las ramas interrelacionadas de la filosofía moral y la estética y las artes, un plan inevitablemente fallido”, dice John Reeder, que a partir de sus textos, sus clases y otros testimonios, reconstruye el proyecto smithiano en siete campos, y señala el grado en que llegó a completarlo en sus diversas obras: 1) ética: TMS; 2) teología natural: no se conserva nada; 3) epistemología: el ensayo “De los sentidos externos”, incluido en el tercer libro de Smith, *Essays on Philosophical Subjects*, publicado póstumamente en 1795 (no hubo más libros publicados con su autorización, porque Smith mandó quemar sus manuscritos poco antes de morir); 4) historia filosófica, teórica o conjetural, de las ciencias y la filosofía: “Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas”, en EPS, y la Parte VII, “De los sistemas de filosofía moral”, de la sexta edición de 1790 de TMS; 4) Retórica, estética, bellas letras y teoría del lenguaje: sobre esto existe un juego de apuntes tomados por alumnos de Smith de su curso 1762-63, descubiertos mucho después de su muerte: *Lectures on rhetoric and belles lettres*; la “Disertación sobre el origen de las lenguas”, publicada como apéndice a la tercera edición de TMS de 1767, incluida en LRBL; la conferencia “De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas”, con su apéndice “De la afinidad entre la música, la danza y la poesía”, reproducida en EPS; 5) filosofía del derecho: *Lectures on Jurisprudence*, dos juegos de apuntes de los cursos 1762-3 y 1766, LJ; 6) economía política y política económica: WN; 7) historia de las instituciones y sistemas políticos: historia de las repúblicas antiguas de Grecia y Roma y la historia conjetural de la evolución de las sociedades, Libro III de WN:

“De los diferentes progresos de la riqueza en distintas naciones” (Reeder, 1995, p. 27).

Vemos, así, que la economía era sólo una parte de un plan mucho más ambicioso, lo que justificaría el énfasis distinto en los enfoques de cada obra. No hay contradicción entre TMS y WN, libros que, por cierto, el autor reeditó varias veces en su vida, no sugiriendo nunca discrepancia alguna; mucho menos se sostiene la contradicción después de conocidos los apuntes de sus clases sobre retórica y filosofía del derecho, que certifican la amplitud de miras del proyecto de investigación de Smith y que incluyen, desde temprano, las ideas principales que plasmaría en WN (Haakonssen y Winch, 2006, p. 370).

Perspectivas diferentes, por añadidura, no equivalen a discordancia. Smith, que siempre se vio a sí mismo como un profesor de Filosofía Moral, no encontró incompatible el juicio moral favorable impartido por un “espectador imparcial” con la correcta persecución del propio interés (Ross, 1995, p. 177; Mehta, 2006, pp. 246-47).

Por eso se opone tanto a su maestro Francis Hutcheson, que rechazaba ingredientes éticos en el amor propio, como al “licencioso” Bernard de Mandeville, para quien toda acción humana está motivada por el amor propio más egoísta (TMS Parte VII, Sección II, caps. III y IV; West, 1975, p. 548). La moderación y el realismo ante la complejidad de la conducta humana son típicos de Smith, y por eso no acepta reducir la virtud a la benevolencia. El propio interés puede generar conductas adecuadas:

Los hábitos de la frugalidad, la laboriosidad, la discreción, la atención y aplicación intelectual son cultivados por móviles interesados, pero al mismo tiempo son calificados de cualidades muy laudables, que merecen la estima y aprobación de todos (TMS, VII.ii.3.15).

Censura también a Mandeville por sostener que el vicio privado produce la virtud pública, y que la riqueza de unos deriva de la

pobreza de otros, falacia favorita de los socialistas (Mehta, 2006, p.262). Smith destacará en WN el posible beneficio de todos en la economía moderna gracias a la no intencionada asistencia y cooperación que se desarrollan en el mercado, por la sociabilidad que negaban tanto Mandeville como Rousseau: “ambos suponen que no existe en el ser humano ningún instinto poderoso que necesariamente lo impulse a buscar la sociedad por la sociedad misma” (EPS 250).

La interacción social es clave para Smith en economía y también en moral, según se ve ya desde las primeras líneas de TMS que hemos citado. En ambos campos hay consecuencias no deseadas, de modo que, como dice James Otteson, los estándares éticos de TMS y el desarrollo de los mercados en WN “se ajustan a la misma estructura conceptual” (Otteson, 2002, p. 182). Smith cree en el propio interés, pero contenido por la moral, enlazando economía y humanismo (Montes, 2004, p. 69; 2016).³ Es verdad que no apelamos a la benevolencia del carnicero, pero tampoco a su codicia, sino a su prudencia (Griswold, 1999, pp. 224, 260; Macfie, 1967, p. 5): en esa relación de mercado, moderada por la moral, todos podemos ganar, y el esfuerzo en mejorar nuestra propia condición, la característica económica fundamental del ser humano para Smith, no queda así desprovisto de faceta virtuosa alguna. Smith elabora una ética para la sociedad comercial y rechaza la confusión entre el amor propio y el egoísmo. Reconoce, eso sí, que aquél puede degenerar en éste, y los sentimientos morales corromperse en consecuencia, pero también que a esto lo contrarrestan los lazos sociales (McCloskey, 2008, pp. 52, 64).

³ Véase también el ensayo de Leonidas Montes en el presente volumen, y Griswold (1999), pp. 29-30. Otteson y otros han señalado la existencia para Smith de una especie de mercado moral, donde las normas surgen de las interacciones sociales, que controlan las pasiones y los intereses: Otteson (2002, cap. 3), Castro (2012, pp. 58, 60), Ross (1995, p. 183), Rodríguez Braun (1997, p. 22).

Nótese la relación que plantea Smith entre benevolencia y riqueza, o más bien pobreza. Dice que sólo un mendigo vivirá de la benevolencia. ¿Y los demás? En una sociedad avanzada, observa Smith, las personas dependemos de la cooperación de multitudes para sostener la división del trabajo, el mercado y la riqueza.⁴ Esas personas no son nuestras amigas, y sólo podremos conocer y apreciar a un número muy reducido de quienes participan en la producción y comercialización de los bienes y servicios que compramos y vendemos (Coase, 1976, p. 544). Cooperamos en el mercado, y no podríamos hacerlo mediante la exclusiva benevolencia, salvo que renunciáramos a la prosperidad, apunta Smith, que también intuyó que el establecimiento de la beneficencia a cargo del Estado puede destruir la libertad.

2. Un extraño descubrimiento.

En años recientes han aparecido estudios que destacan el matizado liberalismo de Adam Smith, subrayan sus recomendaciones intervencionistas, y afirman que su visión política “se acerca más, de hecho, a la socialdemocracia del Estado de bienestar que al liberalismo” (Fleischacker, 2004a, p. 145). Los más izquierdistas no llegan al extremo de considerarlo un comunista pero insisten en que no era liberal (Milgate y Stimson, 2009, p. 12). Incluso algunos liberales de la Escuela Austriaca, como Rothbard, sentencian, al revés

⁴ De hecho, ni siquiera el mendigo vive exclusivamente de la benevolencia, aclara Smith: “Es verdad que la caridad de las personas de buena voluntad le suministra todo el fondo con el que subsiste. Pero, aunque este principio le provee en última instancia de todas sus necesidades, no lo hace ni puede hacerlo en la medida en que dichas necesidades aparecen. La mayor parte de sus necesidades ocasionales serán satisfechas del mismo modo que las de las demás personas, mediante trato, trueque y compra” (WN I.i.2).

que Hayek, que el *laissez faire* del pensador escocés no es más que un mito (Rothbard, 1996, pp. 463-69; Otteson, 2006, p. 52).

Por muchas dudas que puedan suscitar estas opiniones, lo que sí puede afirmarse con rotundidad es que no son nuevas. Las excepciones del liberalismo de Smith fueron destacadas por Jacob Viner nada menos que en 1927, en un conocido e influyente artículo donde lo llamó “*el gran ecléctico*” (Viner, 1971, p. 320). Su éxito en la profesión parece confirmarlo, porque los autores más dispares se declararon en alguna medida seguidores de Smith, desde sus inmediatos sucesores clásicos hasta modernos intervencionistas como Samuelson, pasando por economistas liberales de diversas tendencias y escuelas —Buchanan, Friedman, Stigler, Becker, Coase, Hayek, Sen y Vernon Smith, por nombrar sólo a otros premios Nobel— e incluso marxistas como Meek, que hace medio siglo sostuvo que Marx ha de inscribirse en la escuela escocesa de Smith (Haakonssen y Winch, 2006, pp. 372-79).

Es conocido que Richard Cobden y los empresarios liberales decimonónicos de la Escuela de Manchester esgrimieron a Smith en su lucha por el libre comercio (Hirst, 1925, p. 4; Hirst, 1968, p. xii; Macfie, 1967, p. 4). Desde muy temprano se advirtió que Smith podía ser útil para la causa liberal, a pesar de sus errores, como escribió Francis Horner en 1803.⁵ Incluso antes de Viner, en el siglo XIX, hubo economistas de relieve, como J. S. Nicholson, que denunciaron el retrato exageradamente liberal de Smith (Rodríguez Braun, 1989, p. 140). Y entre los liberales también hay antecedentes de recelo hacia el escocés, de quien Lord Acton dijo que sus efectos en el exterior habían sido la Revolución Francesa y el socialismo. En esta misma línea Carl Menger lamentará el “liberalismo racionalista unilateral” de Smith, que “conducía inevitablemente al socialismo” (Rothschild, 2001, p. 65).

⁵ Horner (1843), p. 229. Varios autores en la izquierda citan la carta a Thomas Thomson para probar la utilización política de Smith, como si fuera un fenómeno desconocido (e.g., Milgate y Stimson, 2009, p. 97).

La utilización simplista, sesgada o reduccionista de las ideas de pensadores célebres para sostener otras teorías o iniciativas políticas concretas es un fenómeno habitual. Pero en el caso que nos ocupa también fue señalado por personas muy cercanas a nuestro protagonista, como Dugald Stewart, que apuntó ya en 1792 que el credo liberal de Quesnay y Smith, “como tantas veces sucede con las ideas predominantes, ha sido promovido por numerosos de sus partidarios mucho más allá de las ideas e intenciones de los autores originales” (Schneider, 1967, p. 157).

Es difícil, por tanto, encontrar una explicación clara de por qué se agita en nuestros días algo tan archisabido como la moderación del liberalismo de Adam Smith. Cabría, eso sí, plantear una conjetura, quizá válida en especial para los intelectuales de izquierdas, y que estriba en la caída del Muro de Berlín, que tuvo entre ellos un impacto considerable que no ha sido ponderado cabalmente. El desmoronamiento del comunismo podría dar cuenta de movimientos extendidos entre las izquierdas, como el pánico ante la supuesta amenaza de la globalización, el nuevo nombre otorgado al capitalismo, o la denuncia de supuestos males económicos como la desigualdad, la nueva causa antiliberal que oportunamente ha sustituido a la venerable denuncia del empobrecimiento creciente debido al capitalismo, que nunca fue veraz y lo ha sido menos aún en las últimas décadas, dados los éxitos logrados en la reducción de la pobreza por el odiado “neoliberalismo”. En ese contexto, es razonable que en la izquierda haya provocado una gran irritación el recurso a Adam Smith por parte de muchos amigos de la libertad, y de políticos que el progresismo abomina especialmente, como Margaret Thatcher y Ronald Reagan, inevitablemente asociados con el derrumbe del comunismo, ampliamente celebrado por liberales y demócratas de toda condición.⁶ En el mundo de las ideas, pues, resultaba particularmente conveniente *descubrir* que ese autor que tantos jaleaban no era tan liberal como pensaban.

⁶ Un ejemplo de esa irritación con la iconografía smithiana es Lubasz (1995), p. 45.

3. Adam Smith, intervencionista.

Un liberal ha de tener una teoría sobre la limitación del poder: no hay liberalismo sin esta condición. Y Adam Smith explícitamente describe los tres deberes que ha de cumplir el soberano en su “sistema de la libertad natural”: la defensa, la justicia y “el deber de edificar y mantener ciertas obras públicas y ciertas instituciones públicas que jamás será del interés de ningún individuo o pequeño grupo de individuos el edificar y mantener, puesto que el beneficio nunca podría reponer el coste que representarían para una persona o un reducido número de personas, aunque frecuentemente lo reponen con creces para una gran sociedad” (WN IV.ix.51).

Este pasaje parece permitir una agenda intervencionista ilimitada, como afirma un reciente manual de historia del pensamiento económico: “Es evidente que, dadas las externalidades, bienes públicos, y economías de escala, esta misión puede servir para justificar numerosas actividades del Estado” (Niehans, 1990, p. 71). Algunos intelectuales progresistas, lógicamente, celebran esta tercera misión del Estado: “Es lo suficientemente amplia como para incluir prácticamente todas las tareas que los modernos socialdemócratas del *welfare* incluirían dentro del ámbito del Estado, en contra de los liberales” (Fleischacker, 2004a, p. 235).

La lista de las intervenciones recomendadas por Smith es copiosa, desde la acuñación de moneda hasta las empresas públicas e incluso las diversiones y espectáculos públicos, desde las represalias arancelarias hasta la regulación de las profesiones, el comercio y los precios en diversas actividades. Llegó a respaldar monopolios temporales, y las mercantilistas y proteccionistas Leyes de Navegación, “quizá la reglamentación comercial más sabia de Inglaterra” (WN IV.ii.30).

Pensaba que a los ciudadanos se les pueden imponer “buenos oficios recíprocos” (TMS II.ii.1.8), y también subrayó el problema de la desigualdad:

Cuando hay grandes propiedades hay grandes desigualdades. Por cada hombre muy rico debe haber al menos quinientos pobres, y la opulencia de unos pocos supone la indigencia de muchos (WN V.i.b.2).⁷

Pidió en varios momentos apoyar especialmente a los trabajadores, y manifestó también su desconfianza hacia los empresarios:

Es raro que se reúnan personas del mismo negocio, aunque sea para divertirse y distraerse, y que la conversación no termine en una conspiración contra el público o en alguna estratagema para subir los precios (WN I.x.c.27).⁸

Sostuvo que los ciudadanos deben pagar impuestos por los ingresos de los que “disfrutan bajo la protección del Estado” (WN V.ii.b.3), de forma “algo más que proporcional” (WN V.ii.e.6). Y proclamó que la peor desigualdad es que los pobres paguen más impuestos que los ricos (V.ii.e.19), y que “para cualquier persona, un impuesto es un emblema, no de esclavitud sino de libertad” (WN V.ii.g.1).

La intervención en el dinero y la banca era necesaria:

Se podría argumentar que el impedir a personas privadas que acepten billetes de un banquero, por cualquier suma grande o pequeña, cuando ellas están dispuestas a hacerlo, o el impedir a un banquero que emita esos billetes cuando todos sus vecinos están dispuestos a aceptarlos, es una violación manifiesta de esa libertad natural que la ley debe

⁷ “El gobierno civil ... es en realidad instituido para defender a los ricos contra los pobres” (WN V.i.b.12).

⁸ Sus comentarios a favor de los salarios al alza son bien conocidos: Smith sostiene que “la retribución abundante del trabajo” es condición del desarrollo, al que incentiva: “Lamentarse por ella es lamentarse por el efecto y la causa indispensable de la máxima prosperidad pública” (WN I.viii.27 y I.viii.42).

apoyar, no infringir. Es indudable que tales reglamentaciones pueden ser consideradas en cierto modo como violaciones de la libertad natural. Ahora bien, todo ejercicio de la libertad natural de unos pocos individuos que pueda poner en peligro la seguridad de toda la sociedad es y debe ser restringido por las leyes de todos los estados, de los más libres a los más despóticos. La obligación de construir muros para evitar la propagación de incendios es una violación de la libertad natural, y exactamente de la misma clase que las reglamentaciones de la actividad bancaria que aquí se proponen (WN II. ii. 94).

Quería regular también el tipo de interés legal para que no estuviera muy por encima del tipo de mercado, porque en ese caso

... la mayor parte del dinero prestable sería prestado a pródigos y aventureros, porque solo ellos estarían dispuestos a pagar un interés tan alto ... Una gran parte del capital del país sería así apartada de las manos de quienes con más probabilidad podrían hacer un uso rentable y provechoso del mismo, e irían a parar a quienes probablemente lo desperdiciarían y destrozarían (WN II.iv.15).⁹

La división del trabajo, a la que tantas ventajas atribuyó al comienzo de WN, se da la vuelta al final de la obra, porque Smith reclama la intervención pública en la educación para resolver un grave problema de alienación, como denunciaría Marx un siglo después:

Un hombre que dedica toda su vida a ejecutar unas pocas operaciones sencillas, cuyos efectos son quizás siempre o casi siempre los mismos, no tiene ocasión de ejercitar su inteligencia o movilizar su inventiva para descubrir formas de eludir dificultades que nunca enfrenta. Por ello pierde

⁹ Esta fue la tesis combatida por Jeremy Bentham en su *Defensa de la usura*, de 1787.

naturalmente el hábito de ejercitarlas y en general se vuelve tan estúpido e ignorante como pueda volverse una criatura humana (WN V.i.f.50).

En fin, diversos pasajes de WN eventualmente justificarían una lectura afín a los ideales de la izquierda. Pero la realidad es más compleja.

4. Adam Smith, liberal.

No solo fue Smith liberal, sino que lo fue desde joven, a tenor del desaparecido “breve manuscrito” del que nos habla Dugald Stewart, que utilizó Smith para una conferencia en 1755, pero que había redactado varios años antes:

El ser humano es generalmente considerado por políticos y proyectistas como el material de una suerte de mecánica política. Los proyectistas perturban la naturaleza en el curso de sus operaciones en los asuntos humanos, y lo único que se necesita es dejarla en paz y permitirle un juego limpio en la persecución de sus fines, de modo que pueda establecer sus propios designios.

Para llevar a un estado de la más ruda barbarie hasta el máximo grado de opulencia se requiere poco más que paz, impuestos moderados y una tolerable administración de justicia; todo lo demás se produce por el curso natural de las cosas. Todos los gobiernos que desbaratan este curso natural, que fuerzan las cosas hacia otros canales, o que pretenden detener el progreso de la sociedad en un punto determinado, son antinaturales, y para mantenerse se ven forzados a ser opresivos y tiránicos (EPS, p. 322).

Es decir, Smith maduró durante casi tres décadas sus ideas económicas liberales antes de plasmarlas en la *Riqueza de las*

naciones (Reeder, 1995, p. 35). Cree que las intervenciones de las autoridades en los mercados son “una forma de opresión política” (Rothschild, 2001, p. 27). Para Smith se trata de “violaciones de la libertad natural, que son por tanto injustas” (WN IV.v.b.16; Haakonssen, 1981, pp. 139-40). Su desconfianza en el político y el gobernante, “animal insidioso y astuto” (WN IV.ii.39), aparece reiteradamente. Sólo traeré a colación tres citas muy conocidas:

Resulta por ello una grandísima impertinencia y presunción de reyes y ministros pretender vigilar la economía privada de los ciudadanos, y restringir sus gastos sea con leyes suntuarias o prohibiendo la importación de artículos extranjeros de lujo. Ellos son, siempre y sin ninguna excepción, los máximos dilapidadores de la sociedad. Que vigilen ellos sus gastos, y dejen confiadamente que los ciudadanos privados cuiden de los suyos. Si su propio despilfarro no arruina al Estado, el de sus súbditos jamás lo hará (WN II.iii.36).

El esfuerzo uniforme, constante e ininterrumpido de cada persona en mejorar su condición, el principio del que originalmente se derivan tanto la riqueza pública como la privada, es con frecuencia tan poderoso como para mantener el rumbo natural de las cosas hacia el progreso, a pesar tanto del despilfarro del gobierno como de los mayores errores de la administración. Actúa igual que ese principio desconocido de la vida animal que frecuentemente restaura la salud y el vigor del organismo no solo a pesar de la enfermedad sino también de las absurdas recetas del médico (WN II.iii.31).

Toda persona, en tanto no viole las leyes de la justicia, queda en perfecta libertad para perseguir su propio interés a su manera y para conducir su trabajo y su capital hacia la competencia con toda otra persona o clase de personas. El soberano queda absolutamente exento de un deber tal que al intentar cumplirlo se expondría a innumerables confusiones y para cuyo correcto cumplimiento ninguna sabiduría o

conocimiento humano podrá jamás ser suficiente: el deber de vigilar la actividad de los individuos y dirigirla hacia las labores que más convienen al interés de la sociedad (WN IV.ix.51).

Más aún, en la famosa mención a la mano invisible, dice Smith que el individuo busca su propio interés, no el de la sociedad:

... pero en este caso como en otros una mano invisible lo conduce a promover un objetivo que no entraba en sus propósitos. El que sea así no es necesariamente malo para la sociedad. Al perseguir su propio interés frecuentemente fomentará el de la sociedad mucho más eficazmente que si de hecho intentase fomentarlo. Nunca he visto muchas cosas buenas hechas por los que pretenden actuar en bien del pueblo (WN IV.ii.9).

También insistirá en las vejaciones que sufren los contribuyentes a cuenta de los recaudadores de impuestos (WN V.iii.55; LJ, p. 567; WN V.ii.h.12) y en la opresión de la deuda pública (WN V.iii.10). Afirma que el Estado no surge de un contrato social que limita la libertad de las personas sino de la evolución de los hombres en sociedad (LJ, p. 207), con lo que la ausencia de una autoridad controladora y suprema no era para Smith equivalente a la anarquía (Otteson, 2002, p. 277). Y, en líneas generales, la mejor política es no intervenir para que los seres humanos alcancen las dos mayores bendiciones: la libertad y la riqueza, que el Estado constriñe y habitualmente vulnera.¹⁰

La libertad de los individuos es el sustrato moral de WN, porque en los mercados los intercambios los realizan personas independientes en pie de igualdad, y los realizan porque todas las partes pueden ganar. Esto no depende de la política, sino del marco social moderno en donde, como habían intuido los filósofos del derecho natural, a los

¹⁰ Cf., LJ, pp. 185, 207, 235, 529.

que Smith admiraba, la sociedad no puede y no debe ser gobernada conforme a credos u objetivos comunes, una idea clave del liberalismo, que receló de las pretensiones más racionalistas de la Ilustración (Darwall, 1999, pp. 151, 158; Cropsey, 1957, p. 5). Smith, así como rechazaba la esclavitud, mientras que otros ilustrados la aceptaron (Griswold, 1999, p. 13), recelaba de los grandes proyectos universales del intervencionismo, porque la felicidad del mundo es tarea de Dios, no de los hombres, y advirtió del peligro de que iluminados gobernantes se embarcaran en la teoría política (TMS VI.ii.3.6, 327 y VI.ii.2.18).

5. Contextos y contradicciones.

Asociamos el liberalismo a la noción de libertad individual e indivisible, pero esa idea no se extiende hasta el siglo XX. En tiempos de Adam Smith no se hablaba de capitalismo, y no tanto de mercado o de libertad en general sino de libertades particulares (Viner, 1960, p. 55; Robbins, 1965, p. 12). De esas libertades particulares también hablaron los mercantilistas, cuya imagen de intervencionistas al estilo del siglo XX es equivocada: “no creyeron en una economía dirigida total o básicamente por el Estado y los clásicos no creyeron en una economía enteramente controlada por un mercado competitivo” (Grampp, 1971, p. 100).

La metáfora más famosa de la historia del pensamiento económico, la mano invisible de Adam Smith, hace referencia a la complejidad de los órdenes sociales, e invita por tanto a la prudencia a la hora de intervenir. El mensaje es que hay que ser sumamente cuidadosos y rigurosos con las políticas intervencionistas, por la cantidad de cosas que no se pueden ver, como diría Bastiat.¹¹ Es importante desmentir la fantasía que predicaron tantos economistas

¹¹ Un análisis de las diferentes interpretaciones de la mano invisible puede encontrarse en Grampp (2000).

antiliberales, conforme a la cual la mano invisible, en vez de aludir a las consecuencias no deseadas de circunstancias que no comprendemos, se refería a la competencia perfecta de la teoría neoclásica. Este error, quizá originado en Samuelson, llega hasta nuestros días, donde se ha llegado a identificar a Smith con el llamado “fundamentalismo del mercado” o la hipótesis de los mercados eficientes, atribuyéndole toda clase de calamidades, como la reciente crisis financiera de 2008, que supuestamente habría privado al liberalismo de cualquier base científica, porque los mercados no son perfectos (Milgate y Stimson, 2009, pp. 101, 256; Lubasz, 1995, p. 63). Este dislate está completamente fuera del contexto de Smith, que jamás pensó en nada parecido a un modelo de mercados abstractos y perfectos (Peacock, 1975, p. 554).¹² Curiosamente, y a través de las llamadas fallas del mercado, la economía neoclásica ha brindado soporte precisamente a lo contrario, a un vasto abanico de recomendaciones intervencionistas, incluida la especialmente catastrófica planificación comunista.

La moderación fiscal fue señalada ya en LJ; como el Estado fue establecido para defender la propiedad, Smith no concibe una presión fiscal como la que el mundo padecería desde mediados del siglo XX:

... es indudable que una recaudación fiscal exorbitante, como la que absorbe, en paz o en guerra, la mitad o incluso la quinta parte de la riqueza de la nación, justificaría, lo mismo que cualquier otro enorme abuso de poder, la resistencia del pueblo (LJ, p. 324).¹³

¹² Dice Brown que el sistema de la libertad natural de Smith no se basa en la eficiencia de los mercados competitivos, sino en una visión sectorial del crecimiento (Brown, 1994, p. 183). En ese sentido podría aproximarse a una visión dinámica como la de los economistas austriacos.

¹³ Como es habitual en Smith, matiza la opción de la resistencia, porque hay que estar seguro de que sus consecuencias no sean peores que el propio mal. En inglés dice “resistance is to be made if the consequences of it be not worse than the thing itself”. Esa expresión, “the thing itself”, es la misma que había

La aprensión de Smith sobre la ausencia de regulación del dinero y la banca, aparte de confirmar que las externalidades negativas no son precisamente un invento neoclásico,¹⁴ debe ser matizada considerando que apoyó la libertad bancaria y a la vez recomendó el establecimiento de normas que garantizaran que hubiera muchos bancos pero no de gran tamaño, con lo que, al no existir lo que llamaríamos ahora el problema de *too big to fail*, la competencia podría acabar con algunos bancos sin que ello afectara al conjunto (WN II.ii.106; Checkland, 1975, p. 514). En cuanto al tope de los tipos de interés, la cita que apuntamos sobre los “pródigos” debe comprenderse con lo que dice el propio Smith: la banca responsable limitará el riesgo y no prestará copiosamente a personas extravagantes (WN II.iv.2; West, 1990, p. 80).

No estaba genéricamente en contra de los empresarios, al contrario: “Los prejuicios de algunos escritores políticos en contra de los tenderos y comerciantes carecen totalmente de fundamento” (WN II.v.7). En cambio, su “ataque muy violento” fue lanzado contra los que se aprovechaban del sistema mediante componendas y trapicheos políticos (Corr, p. 251): la diana de dicho ataque siempre está en los que engañan aduciendo que sus intereses coinciden con los de la comunidad (WN I.x.c.25).

En sus dos obras publicadas Smith secunda la básica noción liberal de la igualdad: ninguno de nosotros es mejor que los demás (TMS III.3.4), y sólo la “vanidad del filósofo” le impide reconocer que él es en realidad igual que el vulgar porteador, y que la costumbre y la educación son las fuentes de sus diferencias, no la naturaleza (WN I.ii.4). Si la humanidad es homogénea, no se justifica que unas

utilizado Burke unos años antes a propósito del poder en una frase que se volvió célebre: “In vain you tell me that Artificial Government is good, but that I fall out only with the Abuse. The Thing! the Thing itself is the Abuse!” (Burke, 1756, p. 68).

¹⁴ Véase una anticipación de las externalidades tanto positivas como negativas del dinero en WN II.ii.86.

personas guíen a las demás, y ha de prevalecer la libertad y la competencia entre iguales (Peart y Levy, 2005, p. 47). Pero la competencia no equivale a la ausencia de reglas:

En la carrera hacia la riqueza, los honores y las promociones, él podrá correr con todas sus fuerzas, tensando cada nervio y cada músculo para dejar atrás a todos sus rivales. Pero si empuja o derriba a alguno, la indulgencia de los espectadores se esfuma. Se trata de una violación del juego limpio, que no podrán aceptar. Para ellos este hombre es tan bueno como este otro que ha derribado (TMS II.ii.2.1).

Smith, como Grocio, Pufendorf y Hutcheson, distingue entre derechos perfectos e imperfectos, o entre justicia propiamente dicha, la conmutativa, que se funda en la propiedad y el viejo principio del *suum cuique*, y la llamada distributiva o beneficencia (Long, 2006, p. 304; Lieberman, 2006, pp. 221-22; Otteson, 2002, p. 139):

Así, aunque la naturaleza exhorta a las personas a obrar benéficamente, por la placentera conciencia de la recompensa merecida, no ha juzgado necesario vigilar y forzar esa práctica mediante el terror del escarmiento merecido en caso de su omisión. Es el adorno que embellece el edificio, no la base que lo sostiene, y por ello bastaba con recomendarlo y no era en absoluto indispensable imponerlo. La justicia, en cambio, es el pilar fundamental en el que se apoya todo el edificio (TMS, II.ii.3.3).

Pero la beneficencia es un imperativo moral, no jurídico:

Un mendigo es objeto de nuestra caridad, y podría decirse que tiene derecho a demandarla. Pero cuando utilizamos en este sentido la palabra derecho no lo hacemos en un sentido estricto sino metafórico (LJ, p. 9).

Mientras que la idea moderna de la justicia es “social”, que integra la beneficencia en la justicia, Smith opina que ser justo es no dañar:

La mera justicia es en la mayoría de los casos una virtud negativa y sólo nos impide lesionar a nuestro prójimo. El hombre que sólo se abstiene de violar la persona, la propiedad o la reputación de sus vecinos, tiene ciertamente muy poco mérito efectivo. Satisface, no obstante, todas las reglas de lo que se llama propiamente justicia y hace todas las cosas que sus pares pueden correctamente forzarlo a hacer o sancionarlo por no hacerlas. A menudo podemos cumplir todas las normas de la justicia simplemente si nos sentamos y no hacemos nada (TMS, II.i.9).¹⁵

La llamada justicia distributiva está incluida en la virtud de la beneficencia, un acto voluntario que no anticipa el intervencionismo contemporáneo sino el liberalismo, por más que pueda argumentarse que los derechos imperfectos pueden ser convertidos en legales, como efectivamente sucedió en el siglo XX (Montes, 2004, pp. 94, 2; Fleischacker, 2004b, p. 40).

Para Smith el daño a los demás está vedado, aunque tenga beneficiarios:

No puede haber un motivo correcto para dañar a nuestro prójimo, no puede haber una incitación a hacer mal a otro que los seres humanos puedan asumir, excepto la justa indignación por el daño que otro nos haya hecho. El perturbar su felicidad sólo porque obstruye el camino hacia la nuestra, el quitarle lo que es realmente útil para él meramente porque puede ser tanto o más útil para nosotros, o dejarse dominar así a expensas de los demás por la preferencia natural que cada persona tiene por su propia felicidad antes que por la de otros, es algo que ningún espectador imparcial podrá admitir. Es indudable que por

¹⁵ Cf. Winch (1978), p. 11.

naturaleza cada persona debe primero y principalmente cuidar de sí misma, y como cada ser humano está preparado para cuidar de sí mejor que ninguna otra persona, es adecuado y correcto que así sea (TMS, II.ii.2).¹⁶

Es verdad que habla de que el magistrado imponga buenos oficios recíprocos, pero insiste en que sean reglas que lo hagan “en cierto grado” y con “la máxima delicadeza”, porque el exceso “es destructivo para toda libertad, seguridad y justicia” (TMS II.ii.1.8). En cambio, es tajante sobre el principio benéfico:

La beneficencia siempre es libre, no puede ser arrancada por la fuerza, y su mera ausencia no expone a castigo alguno, porque la simple falta de beneficencia no tiende a concretarse en ningún mal efectivo real (TMS, II.ii.1.3).

Esto no quiere decir que no tengamos obligaciones morales hacia nuestros semejantes, obligaciones que, como dice Griswold (1999, p. 252), son genuinas, aunque sean imprecisas. Pero si la imposición no es moral sino política o legal, está usurpando la propiedad de nuestro trabajo, que es “la más sagrada e inviolable” (WN I.x.c.12). Por lo tanto, la única manera de pasar de estas afirmaciones a un Smith partidario de un Estado redistribuidor a una escala apreciable es desfigurar el concepto de propiedad, y alegar que nuestra propiedad no es nuestra sino de la colectividad.¹⁷

La tercera misión del soberano no es tan contradictoria con el liberalismo como parece. La filosofía de Smith no es que el Estado

¹⁶ Ver también TMS III.3.6 y Jasay (2010). La definición negativa de la justicia por Smith es lo que impide su identificación con Rawls, para quien el Estado redistribuye, mientras que para Smith es el mercado (Hurtado, 2006, pp. 108-09). Otras interpretaciones se encuentran en Forman-Barzilai (2010), Buchanan (1979) y West (1979, 1990).

¹⁷ Algunas distorsiones de este tipo se encuentran en Fleischacker (2004a, pp. 177, 194-5, 205-6, 214).

ocupe grandes campos de la actividad económica, sino que facilite la acción del sector privado. West recuerda que Smith habla de obras no rentables para “un pequeño grupo de individuos”. Evidentemente, esta extraña expresión no apunta a que el Estado protagonice y financie con impuestos las obras públicas, sino que brinde un marco institucional diferente para el mercado de capitales, para que un grupo muy numeroso de individuos puedan participar, lo que resulta imprescindible en las obras de elevado coste como son típicamente las obras públicas (West, 1990, pp. 86-7, 97, 100).

No piensa Smith en nada parecido a los Estados y los servicios públicos de hoy (West, 1979, p. 139). Las obras públicas según él deberían ser financiadas por los usuarios, mediante peajes, y la educación debía ser sufragada en parte siempre por los alumnos, incluidos los más pobres, y no debía ser protagonizada por el Estado, que no debía encargarse de pagar todo el sueldo a ningún profesor (Peacock, 1975, p. 561). Es verdad que Smith habla del correo como una empresa pública, pero aclara que es “la única que ha sido gestionada con éxito por cualquier tipo de Gobierno” (WN V.ii.a.5). Sus críticas a las empresas privilegiadas por el Estado son conocidas:

No hay dos naturalezas más incompatibles que la de empresario y soberano. Si el espíritu comercial de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales la convierte en pésima soberana, el espíritu de soberanía la convierte en pésima comerciante (WN V.ii.a.7).

En lo relativo a la alienación producida por la división del trabajo, que Smith describe tan dramáticamente, es contradictoria con lo que el propio autor asegura al principio de WN, y no sólo porque allí señale que da lugar a un incremento del bienestar general, incluidas las personas más pobres, sino porque sugiere lo que resulta razonable concluir: la tecnología representa la solución más clara a las tareas más monótonas, igual que a las que requieren más fuerza física (West, 1975, pp. 547-8). Sin embargo, la imagen del trabajo como alienación

ha hecho fortuna, a pesar de que la evidencia ha ido muy a la contra de la caricatura del infortunado Charles Chaplin atrapado y entontecido por la cadena de montaje en *Tiempos modernos*.

Es verdad que Smith apoyó las Leyes de Navegación, como hemos visto, pero no por razones económicas. Reconoció que su proteccionismo “no favorece al comercio exterior ni al crecimiento de la riqueza”, porque los ciudadanos terminan pagando más por sus importaciones y cobrando menos por sus exportaciones. Las aplaudió porque las asoció a la promoción de la marina de guerra, y porque “la defensa es mucho más importante que la opulencia”. Pero si acepta normas mercantilistas, no falla en la condena a la complicidad entre empresarios y políticos para establecer privilegios que finalmente paga el consumidor (Rosenberg, 1979, p. 23; WN IV.viii.54).¹⁸

Los matices en Adam Smith suelen brindar una visión más compleja de la que se desprende de algunas citas descontextualizadas. Por ejemplo, “la opulencia de unos pocos supone la indigencia de muchos” podría parecer una denuncia sobre la desigualdad en su tiempo, que podríamos incluso trasladar hasta el nuestro. La cita corresponde al Libro V, donde se habla de la misión del soberano de impartir justicia, y Smith quiere subrayar que dicha tarea requiere un gasto diferente en cada estadio de la evolución social, y se refiere en concreto a los cazadores primitivos, entre los cuales “casi no hay propiedad, o como máximo no hay ninguna que supere el valor de dos o tres días de trabajo, y por eso no hay un magistrado permanente ni una administración regular de la justicia ... el gobierno civil no es tan necesario” (WN V.i.b.2). La situación cambia cuando se pasa de los cazadores a los pastores y los agricultores, que van necesitando cada vez más protección a su propiedad: de no haberla tenido, la humanidad no habría registrado, en efecto, grandes desigualdades asociadas a la propiedad, pero su desarrollo se habría detenido antes

¹⁸ Véanse comentarios irónicos sobre el Gobierno y los tenderos en WN IV.vii. c.63, y sobre la caza, o más bien pesca, de subvenciones en WN IV.v.a.32.

del neolítico. Smith constata la desigualdad en los estadios avanzados, no la denuncia, porque la considera consecuencia de un proceso que eleva el nivel de vida de todos con una población y una productividad crecientes (WN I.viii.35; WN V.i.a.15; Rothschild y Sen, 2006, p. 563). Veremos en el apartado siguiente que la desigualdad es deplorada por Smith cuando está asociada a relaciones serviles, como eran las feudales, pero no en el caso del comercio, el mercado y los contratos libres.

La frase de que el impuesto es “emblema de libertad” también requiere de contexto: Smith está hablando de la esclavitud, concretamente de “los llamados impuestos de capitación en las provincias meridionales de América del Norte y en las islas de las Indias Occidentales, que son impuestos anuales de una determinada suma por cada negro”. Por eso el impuesto está asociado a la libertad: porque quien los pagaba era el propietario de los esclavos: “en la medida en que posee una propiedad, no puede ser él mismo propiedad de un amo” (WN V.ii.g.1). Aclaremos, a propósito de los impuestos, que la progresividad fiscal que recomienda Smith es apenas “ligera”, es decir, muy diferente de lo que iba a ser en el futuro (Peacock, 1975, p. 562; Robbins, 1965, p. 66).

En cuanto a la mencionada crítica de Lord Acton, tiene poco sentido subrayar la teoría del valor trabajo de Smith cuando es bien sabido que la remitió en exclusiva al “estado rudo y primitivo de la sociedad que precede tanto a la acumulación del capital como a la apropiación de la tierra” (WN I.vi.1). A partir de ahí el valor para Smith dependía del coste de producción, que sumaba salarios, beneficios y rentas. La opinión de Acton, dice Paloma de la Nuez, fue quizá “fruto de su educación católica y de la influencia del idealismo alemán”, que le llevó a rechazar lo que interpretaba como liberalismo materialista basado en la primacía de la propiedad, olvidando la dimensión espiritual del hombre (Acton, 1999, p. 24). Pero su error al interpretar la teoría del valor smithiana es claro. Nótese que aceptó asimismo una suerte de socialismo *milliano* compatible con la libertad, es decir, la confusión de la socialdemocracia hasta nuestros

días. Su punto de vista entronca con el conservadurismo religioso, que se parece al socialismo en el sentido de que critica al liberalismo por ser reduccionista en lo material e incluso por ignorar a los pobres. No le hace justicia al autor de *La teoría de los sentimientos morales*, y aún más lo distorsiona alegando que el liberalismo de Smith es extremo e incluso que estaría contento con un Estado que violara todas las libertades menos la económica (Acton, 1985, vol. III, pp. 549-57 y 579-81). El caso de Menger es análogamente excesivo, y no recoge las cautelas y matices de Smith cuando el austríaco afirma que el escocés anhelaba “eliminar lo existente”, se oponía frontalmente a Burke, y se identificaba sin fisuras con los fisiócratas (Menger, 2006, pp. 249-54).¹⁹

6. Realismo y gradualismo ... en una dirección.

Si la falta de realismo es a veces reprochada a los liberales, no cabe hacer lo propio con Adam Smith, caracterizado por “su énfasis en lo normal y su advertencia sobre los peligros de los extremos y las utopías” (Griswold 1999, 13), incluso en lo que sabía que era propicio para el bienestar de todos:

Está claro que esperar que algún día se restaure completamente en Gran Bretaña la libertad de comercio es tan absurdo como esperar que se establezca en ella una Oceana o Utopía. Se oponen a dicha libertad de manera irresistible no sólo los prejuicios del público sino los intereses privados

¹⁹ En comparación con los mercantilistas, Smith prefería sin duda a François Quesnay y a los “eruditos e inteligentes” miembros de su escuela (WN IV.ix.2). Pero eso no significa que los secundara por completo, en especial en su teoría de la exclusiva productividad de la agricultura: “El error capital de este sistema, de todos modos, parece estribar en presentar a la clase de los artesanos, industriales y comerciantes como absolutamente estériles e improductivos” (WN IV.ix.29).

de numerosos individuos, lo que resulta algo mucho más difícil de vencer (WN IV.ii.4).

Cuando hay que reformar, avisa sobre una faceta particularmente nociva del intervencionismo: no sólo causa trastornos “sino que además, generalmente, es muy difícil remediar tales desórdenes sin ocasionar, al menos por un tiempo, perturbaciones aún mayores” (WN IV.vii.c.44). Por tanto, no sorprenderá encontrar repetidamente mensajes de prudencia y cautela (TMS VI.ii.2.12.; TMS VI.i.15; VI.ii.2.16; Skinner, 1995, p. 71).

Pero una cosa es el gradualismo y el cuidado, y otra cosa es la desorientación. Smith podía pedir “reserva y circunspección”, pero siempre en la dirección de más libertad, y no menos (WN IV.ii.40). Por eso los enemigos del libre comercio no se equivocaron cuando lo criticaron o retorcieron sus argumentos para defender el proteccionismo (Tribe, 1995, pp. 30, 37). Por cierto, como recuerda Stone, el que exageró en su pesimismo sobre las posibilidades del librecambio fue Smith: en su vida hubo avances con el tratado comercial con Francia de 1786; y de ahí en adelante hubo hitos liberales como el tratado Cobden-Chevalier de 1860, la derogación de las Leyes del Cereal en 1846, y de las Leyes de Navegación en 1849 (Stone, 1992, pp. 84-85).

Hablando de direcciones, y en una visión evolutiva, tan típica de la Ilustración escocesa, conviene atender a la evolución social en los diferentes estadios analizados por Smith, porque tienen que ver con la libertad. En efecto, en la etapa primitiva de los pastores, y después de los agricultores, cuando, como vimos antes, se desarrollan la propiedad y el Estado, también se consolida una desigualdad que Smith critica: la dependencia feudal. Dice que en esas épocas la riqueza y la propiedad eran sinónimos de dependencia, de modo que es entonces cuando el poder de los ricos sobre los pobres es mayor que en ningún otro momento (LJ, pp. 50-1, 202). Lo que iba a suceder en el futuro es que esas primitivas relaciones de dependencia dejaron su lugar al comercio, el mercado y los contratos, y Smith tiene claro que

esa evolución independiza al trabajador y es plausible en todos los sentidos:

Nada tiende más a corromper, enervar y degradar el espíritu como la dependencia; y nada confiere nociones tan nobles y generosas de probidad como la libertad y la independencia. El comercio previene estas malas costumbres. La manufactura brinda a los más pobres unos salarios más altos de los que les podría pagar ningún amo (LJ, p. 333).²⁰

Por eso creía en un liberalismo igualitario, más concebible en el estadio comercial que en los anteriores, porque el mercado aumenta la igualdad de oportunidades para todos (Rosenberg, 1979, pp. 26-27). En ese caso el rechazo a los ricos no tiene sentido, porque no conspiran contra la riqueza colectiva, ni generan dependencia servil en los demás, y, al contrario, una imposición forzada de la igualdad conduciría a todos a la pobreza (LJ, pp. 194-5). Como es típico de Smith, los ricos en el estadio del comercio pueden ser compatibles con la prosperidad de la comunidad, y puede ser necesario que sean admirados, aunque esa admiración también tienda a corromper los sentimientos morales (TMS I.iii.3.1). En el contexto igualitario de las relaciones de mercado, el intervencionismo mercantilista es injusto, porque discrimina y bloquea ese trato equitativo: en la medida que exista esa discriminación, el interés individual no estará en armonía con el interés general (WN IV.viii.30; Brown, 1994, p. 188).

²⁰ En estas lecciones que Smith dictó en Glasgow durante el curso 1762-63 hay una refutación, a propósito de Mandeville, del keynesianismo *avant la lettre*: “Otro efecto nocivo de esta doctrina ... es la idea ... de que nada que se gaste en el país podrá disminuir la riqueza pública o nacional Se pensó que ninguna extravagancia podía ser perjudicial si el gasto se concretaba en mercancías de producción local Pero si yo tengo mil libras y las gasto todas en locuras y disparates, seguirá habiendo mil libras en el reino, pero habrá mil libras menos de capital” (LJ, pp. 393-94).

El realismo de Smith le impide considerar el estadio de los comerciantes como un paraíso, pero así como Marx y los socialistas presentarán el mercado como un enfrentamiento o lucha de clases, Smith lo presentará como una realidad esencialmente caracterizada por la colaboración (Cropsey, 1979, p. 166). Era muy consciente de que ningún mercado extingue los conflictos: “La *Riqueza de las naciones* es una explicación de cómo los intereses de todos pueden ser armonizados, pero no una proclamación de que están siempre necesaria o naturalmente en armonía” (Mehta, 2006, p. 257).

Por lo tanto, aunque podemos encontrar sin duda comentarios y afirmaciones de Smith que apuntan a un sistema antiliberal o socialista, su visión de la sociedad apunta a lo contrario (Sowell, 1987, p. 148). Las excepciones al *laissez faire* no socavan su confianza en la libertad, que además atañe a la economía y a los demás aspectos de la vida social.²¹ Dice Coase que Smith contempla un conjunto de motivaciones en la acción humana, además de la persecución del propio interés, pero que esto no debilita su argumentación liberal (Coase, 1976, p. 529). Se trataría de que “cada persona persiguiera su propio interés a su manera, según la norma liberal de igualdad, libertad y justicia” (WN IV.ix.3).

Finalmente, la moderación smithiana se observa en los criterios que recomienda seguir para las reformas: han de acometerse con gradualidad y cautela, como hemos señalado, y con una permanente atención al consenso popular. Hay que adaptarse a lo que piensa la gente y seguir el consejo de Solón: no buscar el mejor sistema sino el mejor que el pueblo sea capaz de tolerar. En estas páginas, escritas después de WN, se opone a los doctrinarios y pinta un retrato crítico del *man of system*, que

²¹ Coats (1975), p. 224; Winch (1978), p. 70. Incluso autores antiliberales reconocen que para Smith la libertad personal, la de comercio y la propiedad privada van juntas: Milgate y Stimson (2009), p. 69.

... imagina que puede organizar a los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma desenvoltura con que dispone las piezas en un tablero de ajedrez. No percibe que las piezas del ajedrez carecen de ningún otro principio motriz salvo el que les imprime la mano, y que en el vasto tablero de la sociedad humana cada pieza posee un principio motriz propio, totalmente independiente del que la legislación arbitrariamente elija imponerle (TMS, VI.ii.2.17).

Apoyándose en esta cita, dice Hayek que aunque Smith no se opuso al socialismo, que no existía en su tiempo, claramente se opuso al intervencionismo que anhela manipular las instituciones. La advertencia contra esta pretensión constructivista, y el respaldo al benéfico esfuerzo individual orientado por las señales abstractas del mercado “es el gran logro de Adam Smith” (Hayek, 2007, p. 329).

7. Conclusión.

El recurso de los antiliberales al argumento de que Smith no era liberal puede comprenderse por el desconcierto en que la izquierda quedó sumida tras la caída del Muro de Berlín, y aún más en tiempos recientes, cuando los enemigos de la libertad de todos los partidos han dado un paso al frente con el pueril e insostenible argumento, esgrimido también por los fascistas y los comunistas en los años 1930, de que la crisis económica “demuestra” las irredimibles culpas del liberalismo. Incluso ese intento de “desliberalizar” a Smith podría regocijar a los liberales: después de todo, muy mal tienen que estar los recelosos de la libertad para no echar mano en su favor de algún autor clásico de la tradición socialista.

Sea como fuere, los aspectos antiliberales de Smith son, en primer lugar, reconocidos desde hace un siglo, y, en segundo lugar, la evidencia textual no permite saltar de ellos a un retrato intervencionista del pensador escocés. Con esto no quiero decir que Smith sea nítida y fácilmente encajable en el liberalismo de nuestro

tiempo, lo que sería absurdo (Griswold, 1999, pp. 306-07). Lo que sí digo es que, con todos sus matices, Adam Smith puede ser legítimamente reivindicado en nuestros días no sólo por los economistas liberales sino por cualquier amigo de la libertad.²² No pudo ser hostil al liberalismo alguien que saludó así a dos extensiones del mercado:

El descubrimiento de América y el del paso a las Indias Orientales por el cabo de Buena Esperanza son los dos acontecimientos más importantes que registra la historia de la humanidad (WN IV.7.c.80).

Ni Adam Smith ni los economistas clásicos fueron partidarios del *laissez faire* a ultranza, pero sí se preocuparon ante la expansión de la política, por “el acrecentamiento del poder del Estado que hacía peligrar la libertad individual” (O’Brien, 1989, p. 377). No tiene fundamento recurrir a ellos para argumentar que aplaudirían la dimensión actual del Estado, porque la libertad fue una idea “central en su sistema”, y se oponían a “un paternalismo consciente”, dado que los individuos son los mejores jueces de sus propios intereses (Robbins, 1965, p. 13).

Jacob Viner no tenía ningún aprecio por los propagandistas liberales de Manchester ni por economistas liberales al estilo de Bastiat; aceptó además el intervencionismo estatal para acabar con la pobreza, atenuar el ciclo económico y garantizar la igualdad de oportunidades, con ciertos límites, aclarando que su ideal “se acercaría más al Estado de bienestar moderno que al *laissez faire*” (Viner, 1960, pp. 67-69). Y fue, como hemos visto, pionero en señalar los aspectos intervencionistas de Smith. Sin embargo, reconoció que el pensamiento del filósofo escocés era en el fondo, y con todas las

²² Los entusiastas del Smith antiliberal (como Milgate y Stimson, 2009) emprenden esfuerzos ímprobos e infructuosos para desvincular a Smith de los grandes economistas liberales de nuestro tiempo, como Hayek o Buchanan.

salvedades, un pensamiento liberal, por razones económicas y también morales:

Él creía que la sociedad económica, dejada a su accionar autónomo, produciría un nivel de bienestar económico mayor que el que tendría lugar si el Estado —ineficiente, ignorante y despilfarrador como realmente era— intentara dirigirla, regularla o manejarla. También está claro que para Adam Smith el *laissez faire*, más allá de sus beneficios materiales, ostentaba un valor ético o moral, porque preservaba para el individuo sin menoscabo aquel ‘sistema de la libertad natural’ al que tenía un derecho natural (Viner, 1960, pp. 60-61).

Este escepticismo ante el Estado, y la defensa de la libertad individual, integran el gran legado liberal de Adam Smith.

BIBLIOGRAFÍA

- Acton, Lord. (1985). *Selected Writings*, J. R. Fears, ed. Indianapolis, IN: Liberty Fund.
- . (1999). *Ensayos sobre la libertad y poder*, Paloma de la Nuez, ed. Madrid: Unión Editorial.
- Brown, Vivienne. (1994). *Adam Smith's Discourse: Canonicity, Commerce and Conscience*. London: Routledge.
- Brown, Vivienne y Samuel Fleischacker, eds. (2010). *The Philosophy of Adam Smith*. London: Routledge/The International Adam Smith Society.
- Buchanan, James M. (1979). "The Justice of Natural Liberty", en Gerald P. O'Driscoll (ed.), *Adam Smith and Modern Political Economy*, pp. 117-31. Ames, IA: Iowa State University Press.
- Burke, Edmund. (1756). *A Vindication of Natural Society*. London: M. Cooper.
- Castro, Walter. (2012). "Mercados morales: Una lectura marginalista de Adam Smith", *Revista de Instituciones, Ideas y Mercados*, N° 56, pp. 57-88.
- Coase, R. H. (1976). "Adam Smith's View of Man", *Journal of Law and Economics*, 19 (3): 529-46.
- Coats, A. W. (1975). "Adam Smith and the Mercantile System", en Andrew S. Skinner y Thomas Wilson (eds.), *Essays on Adam Smith*, pp. 218-36. Oxford: Clarendon Press.

- Copley, Stephen y Kathryn Sutherland, eds. (1995). *Adam Smith's Wealth of Nations: New Interdisciplinary Essays*. Manchester: Manchester University Press.
- Cropsey, Joseph. (1957). *Polity and Economy: An Interpretation of the Principles of Adam Smith*. The Hague: Martinus Nijhoff.
- . (1979). “The Invisible Hand: Moral and Political Considerations”, en Gerald P. O’Driscoll (ed.), *Adam Smith and Modern Political Economy*, pp. 165-76. Ames, IA: Iowa State University Press.
- Checkland, S. G. (1975). “Adam Smith and the Bankers”, en Andrew S. Skinner y Thomas Wilson (eds.), *Essays on Adam Smith*, pp. 504-23. Oxford: Clarendon Press.
- Darwall, Stephen. (1999). “Sympathetic Liberalism: Recent Work on Adam Smith”, *Philosophy and Public Affairs*, 28 (2): 139-64.
- de Jasay, Anthony. (2010). “Social Justice Examined, with a little help from Adam Smith”, en *Political Philosophy, Clearly*, pp. 101-12. Indianapolis, IN: Liberty Fund.
- Fleischacker, Samuel. (2004a). *On Adam Smith's Wealth of Nations: A Philosophical Companion*. Princeton: Princeton University Press.
- . (2004b). *A Short History of Distributive Justice*. Cambridge MA: Harvard University Press.
- Forman-Barzilai, Fonna. (2010). “Smith’s Anti-Cosmopolitanism”, en Vivienne Brown y Samuel Fleischacker (eds.), *The Philosophy of Adam Smith*, pp. 145-60. London: Routledge/The International Adam Smith Society.

- Grampp, William D. (1971). "Los elementos liberales en el mercantilismo inglés", en Joseph J. Spengler y William R. Allen (eds.), *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*, pp. 75-105. Madrid: Tecnos.
- . (2000). "What did Smith Mean by the Invisible Hand?" *Journal of Political Economy*, 108 (3): 441-65.
- Griswold, Charles L. (1999). *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haakonssen, Knud. (1981). *The Science of a Legislator: The Natural Jurisprudence of David Hume and Adam Smith*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haakonssen, Knud, ed. (2006). *The Cambridge Companion to Adam Smith*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Haakonssen, Knud y Donald Winch. (2006). "The Legacy of Adam Smith", en Knud Haakonssen (ed.), *The Cambridge Companion to Adam Smith*, pp. 366-94. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hayek, Friedrich A. (2007). "Liberalismo", en *Nuevos estudios de filosofía, política, economía e historia de las ideas*, pp. 155-93. Madrid: Unión Editorial.
- Hirst, Francis W. (1925). *From Adam Smith to Philip Snowden: A History of Free Trade in Great Britain*. London: T. Fisher Unwin.
- Hirst, Francis W., ed. (1968). *Free Trade and Other Fundamental Doctrines of the Manchester School*. New York: A. M. Kelley.
- Horner, Francis. (1843). *Memoirs and Correspondence*, L. Horner, ed. London: John Murray.

- Hurtado Prieto, Jimena. (2006). "Rawls y Smith: De la utilidad de la 'simpatía' para una concepción liberal de la justicia", *Estudios Públicos*, No. 104, pp. 89-111.
- Lieberman, David. (2006). "Adam Smith on Justice, Rights, and Law", en Knud Haakonssen (ed.), *The Cambridge Companion to Adam Smith*, pp. 214-45. Cambridge: Cambridge University Press.
- Long, Douglas. (2006). "Adam Smith's Politics", en Knud Haakonssen (ed.), *The Cambridge Companion to Adam Smith*, pp. 288-318. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lubasz, Heinz. (1995). "Adam Smith and the 'Free Market'", en Stephen Copley y Kathryn Sutherland (eds.), *Adam Smith's Wealth of Nations: New Interdisciplinary Essays*, pp. 45-69. Manchester: Manchester University Press.
- Macfie, A. L. (1967). "The Moral Justification of Free Enterprise: A Lay Sermon on an Adam Smith Text", *Scottish Journal of Political Economy*, 14 (1): 1-11.
- McCloskey, Deirdre. (2008). "Adam Smith, the Last of the Former Virtue Ethicists", *History of Political Economy*, 40 (1): 43-71.
- Mehta, Pratap Bhanu. (2006). "Self-Interest and Other Interests", en Knud Haakonssen (ed.), *The Cambridge Companion to Adam Smith*, pp. 246-69. Cambridge: Cambridge University Press.
- Menger, Carl. (2006). *El método de las ciencias sociales*. Madrid: Unión Editorial.
- Milgate, Murray y Shannon C. Stimson. (2009). *After Adam Smith: A Century of Transformation in Politics and Political Economy*. Princeton: Princeton University Press.

- Montes, Leonidas. (2004). *Adam Smith in Context: A Critical Reassessment of Some Central Components of His Thought*. London: Palgrave Macmillan.
- . (2016). “Adam Smith and the Virtues”, en R. P. Hanley (ed.), *Adam Smith. His Life, Thought and Legacy*, pp. 138-56. Princeton: Princeton University Press.
- Niehans, Jürg. (1990). *A History of Economic Theory: Classic Contributions, 1720-1980*. Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- O’Brien, D. P. (1989). *Los economistas clásicos*. Madrid: Alianza.
- O’Driscoll, Gerald P., ed. (1979). *Adam Smith and Modern Political Economy*. Ames, IA: Iowa State University Press.
- Otteson, James R. (2002). *Adam Smith’s Marketplace of Life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Otteson, James R. (2006). “Adam Smith y la libertad”, *Estudios Públicos*, No. 104, pp. 51-87.
- Peacock, Alan. (1975). “The Treatment of the Principles of Public Finance in *The Wealth of Nations*”, en Andrew S. Skinner y Thomas Wilson (eds.), *Essays on Adam Smith*, pp. 553-67. Oxford: Clarendon Press.
- Peart, Sandra J. y David M. Levy. (2005). *The “Vanity of the Philosopher”: From Equality to Hierarchy in Post-Classical Economics*. Ann Arbor, MI: University of Michigan Press.
- Reeder, John. (1995). “Estudio preliminar”, en Adam Smith, *Ensayos filosóficos*. Madrid: Pirámide.

- Robbins, Lionel. (1965). *The Theory of Economic Policy in English Classic Political Economy*. London: Macmillan.
- Rodríguez Braun, Carlos. (1989). *La cuestión colonial y la economía clásica*. Madrid: Alianza.
- . (1997). “Estudio preliminar”, en Adam Smith, *La teoría de los sentimientos morales*. Madrid: Alianza.
- Rosenberg, Nathan. (1979). “Adam Smith and Laissez-Faire Revisited”, en Gerald P. O’Driscoll (ed.), *Adam Smith and Modern Political Economy*, pp. 19-34. Ames, IA: Iowa State University Press.
- Ross, Ian Simpson. (1995). *The Life of Adam Smith*. Oxford: Clarendon Press.
- Rothbard, Murray N. (1996). *An Austrian Perspective of the History of Economic Thought*, vol. 1: *Economic Thought before Adam Smith*. Cheltenham, UK: Edward Elgar.
- Rothschild, Emma. (2001). *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Rothschild, Emma y Amartya Sen. (2006). “Adam Smith’s Economics”, en Knud Haakonssen (ed.), *The Cambridge Companion to Adam Smith*, pp. 319-65. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schneider, Louis, ed. (1967). *The Scottish Moralists on Human Nature and Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Skinner, Andrew S. (1995). “Adam Smith and the Role of the State: Education as a Public Service”, en Stephen Copley y Kathryn

Sutherland (eds.), *Adam Smith's Wealth of Nations: New Interdisciplinary Essays*, pp. 70-96. Manchester: Manchester University Press.

Skinner, Andrew S. y Thomas Wilson, eds. (1975). *Essays on Adam Smith*. Oxford: Clarendon Press.

Smith, Adam. (1759). *The Theory of Moral Sentiments*, D. D. Raphael y A. L. Macfie, eds. Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1982. [Versión en español: *La teoría de los sentimientos morales*, trad. Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza, 1997.]

———. (1776). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, R. H. Campbell, A. S. Skinner y W. B. Todd, eds. Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1981. [Versión en español: *La riqueza de las naciones*, trad. Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza, 1994.]

———. (1795). *Essays on Philosophical Subjects*, W. P. D. Wightman y J. C. Bryce, eds. Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1982. [Versión en español: *Ensayos filosóficos*, trad. Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Pirámide, 1998.]

———. (1896). *Lectures on Jurisprudence*, R. L. Meek, D. D. Raphael y P. G. Stein, eds. Indianapolis, IN: Liberty Fund, 1982. [Versión en español: *Lecciones sobre jurisprudencia*, trad. Manuel Escamilla Castillo. Granada: Editorial Comares, 1995.]

———. (1987). *Correspondence of Adam Smith*, E. C. Mossner y I. S. Ross, eds. Indianapolis, IN: Liberty Fund.

Sowell, Thomas. (1987). *A Conflict of Visions: Ideological Origins of Political Struggles*. New York: Basic Books.

- Spengler, Joseph J. y William R. Allen, eds. (1971). *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*. Madrid: Tecnos.
- Stone, Richard. (1992). "Public Economic Policy: Adam Smith on What the State and Other Public Institutions Should and Should Not Do", en Michael Fry, ed., *Adam Smith's Legacy*, pp. 63-85. London: Routledge.
- Tribe, Keith. (1995). "Natural Liberty and *Laissez Faire*: How Adam Smith Became a Free Trade Ideologue", en Stephen Copley y Kathryn Sutherland (eds.), *Adam Smith's Wealth of Nations: New Interdisciplinary Essays*, pp. 23-44. Manchester: Manchester University Press.
- Viner, Jacob. (1927). "Adam Smith y el *laissez faire*", en Joseph J. Spengler y William R. Allen (eds.), *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*, pp. 320-43. Madrid: Tecnos.
- . (1960). "The Intellectual History of *Laissez Faire*", *Journal of Law and Economics*, 3 (1): 45-69.
- West, E. G. (1975). "Adam Smith and Alienation: Wealth Increases, Men Decay?", en Andrew S. Skinner y Thomas Wilson (eds.), *Essays on Adam Smith*, pp. 540-52. Oxford: Clarendon Press.
- . (1979). "Adam Smith's Economics of Politics", en Gerald P. O'Driscoll (ed.), *Adam Smith and Modern Political Economy*, pp. 132-52. Ames, IA: Iowa State University Press.
- . (1990). *Adam Smith and Modern Economics: From Market Behavior to Public Choice*. Aldershot, UK: Edward Elgar.
- Winch, Donald. (1978). *Adam Smith's Politics: An Essay in Historiographic Revision*. Nueva York: Cambridge University Press.